

Tres poemas

Ernesto Velázquez Briseño

DESDE LA ORILLA

El camuflaje del cangrejo
sobre la superficie de las algas.
Los leones marinos buscando los brazos del navío.
El lirio envuelto de fugitivo sueño por la tierra.
El recuerdo que ha vuelto al tiempo perdurable;
otro reloj, si acaso, distinto al amanecer
que llega. La tierra de la que ahora se alejan las aves.
Las señales de otro tiempo ya lejano.
La cruel belleza del árbol derribado en la arena
que no siente aún la vida que lo deja.
El agua interminable y la constante prisa del sol.
Otras naves incendiadas cuyos restos
nadie ha encontrado. La batalla orgullosa de la espuma.
La irremediable sed, por cierto. La carne destrozada
por las redes. El miedo cuando pierdo el aire, a pesar
del viento. Una línea perfumada
y la memoria de tu cuerpo.
Eso es todo lo que he visto desde la orilla,
además de la evidencia de cómo se me va la vida.

LA LUZ QUE VIENE

Para escribirte este poema tuve que cuidar todos los nombres
que volvían con sus espejos, con los últimos avisos
de su presencia en mi memoria.
Tuve que mirar también los viejos lugares
que guardaban lo que yo quería decir:
tocar los altos muros de piedra, la escalera enorme que me llevó hasta el paisaje recobrado de la ciudad
en la que casi todo se ha perdido.
Tuve que tocar cada una de estas líneas
con el cuidado de que dijeran lo preciso;
que desplegaran la luz que tu recuerdo
deja sobre el papel y sobre la tarde.
Tuve que recordar en el frío tu suave perfume.
Levantar los sueños antes de la hora acostumbrada.
No quejarme de cómo se detuvo la estación de invierno,
ni alterar la forma en que el viento
invade las terrazas.
Tuve que ver la calle inundada por el agua.
Tuve que mirar el cuidadoso inventario

de la sed de los pájaros.
Tuve que salir en defensa
de las razones que me hicieron volver;
mirar este paisaje, dejar todos los libros,
cambiar las puntuaciones, agregar otras letras
y verte tomar de nuevo todas mis palabras.

ELOGIO DE LA SAL

Para Alejandro y Hernán

La sal es un diminuto diamante
de cantina
que ilumina la mesa,
decanta al limón
y le otorga alusiones de mar
al tequila.
Es bien sabido que quien no acompaña
con sal un tequila blanco notable
(por bien hecho,
por tantos siglos de paisaje,
de agudo agave y tierra mineral)
se vuelve irremediabilmente
estatua de sal.

Hay otra sal, desde luego,
ligada al sol, al agua
y a la salada soledad de quien mira
tanto el mar:
Esa es la sal de los espejos.

La recomendación de viejos
y memorables sabios, dictada sobre la cubierta
de las naves por grandes navegantes fenicios,
es siempre soñar el agua
y sentir la sal del viento sobre el rostro
y la memoria.

Ese es el sabor de sal de inevitables momentos,
como cuando la leve sonrisa recuerda
un amor antiguo
o como cuando imaginamos el viaje
de un sueño sumergido.

Por eso, de vez en vez, hay que tomar cuidadosamente
un poco de sal entre los dedos
de la mano y arrojarla siempre
hacia atrás del hombro
para abatir cualquier riesgo,
cualquier mal recuerdo,
cualquier tarde de mal augurio,
cualquier palabra que, sin el empeño
necesario, destruya una faena lúcida
del amor y de la vida.